

JOSEP MARIA ROVIRA BELLOSO

**DIOS, PLENITUD
DEL SER HUMANO**

El Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo
hace crecer a las personas

EDICIONES SÍGUEME - EDICIONS SARAGOSSA
SALAMANCA - BARCELONA

2013

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martin

Título original: *Déu fa créixer les persones*

© Edicions Saragossa, Barcelona 2012

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2013

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - Fax: (+34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1831-1

Depósito legal: S. 115-2013

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

«Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que viváis arraigados y fundamentados en el amor. Así podréis comprender, junto con todos los creyentes, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo; un amor que supera todo conocimiento y que os llena de la plenitud misma de Dios» (Ef 3, 17-19).

«‘Yo soy el Buen Pastor y reconozco mis ovejas’, es decir, las amo; y ellas me reconocen a mí. Es como si dijera claramente: ‘Los que me aman, me siguen’. Quien no ama la Verdad es que no la conoce. Examinad si sois ovejas de Él. Examinad si lo conocéis. Examinad si conocéis la luz de la Verdad. Si la conocéis, os digo, no por la fe, sino por el amor. Si la conocéis, os lo repito, no por lo que creéis, sino por vuestras obras. Porque quien dice esto, el evangelista Juan, da testimonio de todo al proclamar: ‘Los que dicen que conocen a Dios, pero de hecho no cumplen sus mandatos, son mentirosos’. Por esto, el Señor añade inmediatamente en este lugar: ‘Tal como el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre doy mi vida por las ovejas’. Es como si dijese claramente: ‘El hecho de que yo conozco al Padre y que Él me conoce a mí se manifiesta en que yo doy la vida por las ovejas; es decir, la caridad que me lleva a morir por las ovejas es la misma caridad por la cual demuestro cómo amo al Padre’». (Gregorio Magno, *Homilía* 14, 3-6, en PL 76, 1129-1130).

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

Primera parte

LA PERSONA HUMANA ANTE DIOS

1. El planteamiento religioso del Génesis. La persona humana, imagen y semejanza de Dios	15
2. Las facultades de conocer, amar y actuar, y el sujeto responsable y libre	17
3. ¿Individuo o sujeto responsable y libre?	25
4. Primera síntesis. Un solo sujeto responsable y libre con tres facultades inseparables: conocer, amar y actuar	29
5. La persona. Identidad y relación	31
6. Historia. San Basilio Magno, el trasfondo platónico-aristotélico y san Agustín	33
7. Historia. Guillermo de Saint-Thierry y el amor inteligente	39
8. Historia. Tomás de Aquino y el conocimiento por connaturalidad	41
9. Historia. Siglo XX: El sentimiento admirativo de Jaume Bo-fill y el personalismo trascendente de Joseph Ratzinger	43

Segunda parte

LA PERSONA A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS

10. La persona y la nueva creación crecen al escuchar y cumplir la Palabra de Dios	51
11. Originalidad de la Palabra de Dios. Las Bienaventuranzas. Una visión global del Sermón del monte	57
12. Peculiaridad del evangelio de Juan. Notas para entenderlo desde la encarnación de Jesús y su exaltación al Padre	65
13. Por qué la Escritura contempla un solo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo	85

- 14. Lo que dice la Escritura sobre los creyentes y sobre las «pruebas» de la existencia de Dios 89
- 15. Síntesis de la segunda parte. El principio de la vida espiritual es la fe esperanzada que actúa por el amor, fruto de escuchar la Palabra 101

Tercera parte
 DEL CORAZÓN DE LA PERSONA
 A LA VISIBILIDAD DEL PUEBLO DE DIOS

- 16. «Del corazón del hombre al Pueblo de Dios», según el mesianismo de Jesús 111

A. LA VISIBILIDAD DE LA CARIDAD

- 17. El Pueblo de Dios. Globalidad cristiana: todos lo tienen todo para el bien de todos 121
- 18. La tensión dinámica del mundo presente hacia el Reino de Dios. Las parábolas del grano de trigo caído en tierra y del dolor de la mujer que da a luz 125
- 19. La presencia de Dios y la nueva humanidad en actitud de alabanza y de lucha por la justicia 131
- 20. De la manifestación del mayor amor que es la cruz brota el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, templo del Espíritu y Pueblo de Dios 135

B. LA VISIBILIDAD DE LA LITURGIA

- 21. El bautismo, sacramento de la justificación por la fe o comienzo de la justificación por la fe viva 141
- 22. La eucaristía, anticipación de la comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo 145
- 23. El Año litúrgico 161
- 24. Navidad, Pascua, Pentecostés. ¿Cómo nos preparamos? .. 167

SÍNTESIS FINAL

- 25. El libro del Apocalipsis como utopía cristiana 173

INTRODUCCIÓN

En junio de 2010 sufrí una grave afección: una trombosis me retuvo diez días en la unidad de cuidados intensivos. Consciente de lo que representa haber padecido y superado este episodio hospitalario, pensé –hablando desde el punto de vista religioso– que necesitaba vivir más de cara a Dios, o sea, dedicar más tiempo a la oración, a la espiritualidad, a la lectura, sin descuidar a los que me visitan o a los que yo tengo que visitar.

También me han venido al pensamiento ideas de teología «espiritual» que he ido guardando en el ordenador en forma de notas. A veces ocupaban dos o tres páginas y –cosa destacable– surgían emparentadas entre sí. Todavía las conservo.

En el verano del año 2011 recibí un par de encargos que dieron lugar a dos estudios breves. Eran como la síntesis de dos temas recurrentes en aquellas notas espirituales. Uno de los temas versaba sobre la persona humana como imagen y semejanza de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, lo que incluía un análisis sobre nuestra capacidad de conocer, amar y actuar. El otro me apremiaba a plantearme nuevamente la cuestión sobre la diferencia que existe entre los evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) y el evangelio de Juan, ya que este último se comprende como la buena noticia de la revelación de Dios en Jesucristo, en el Hijo del hombre. Ambos temas, contemplados sobre el trasfondo trinitario del amor de Dios, pueden iluminar el significado de nuestra existencia, abierta a la unidad trascendente del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Otro de los temas recurrentes ha sido el diálogo con el agnosticismo. En esta línea, me gustaría aclarar un poco más el valor que siguen teniendo hoy las «vías», los caminos hacia Dios de Maimónides y de Tomás de Aquino. Querría realzar el papel de la *razón* ante la *existencia* de Dios, sin por ello olvidar el valor de la *fe* ante

el *amor* de Dios que se da a las personas, como recuerda la Biblia desde su primera página hasta la última¹.

Como contrapunto a esta visión de la fe personal, la realidad del Pueblo de Dios –es decir, del Cuerpo de Cristo que es su Iglesia visible e invisible– me ha dado pie a una reflexión sobre la caridad que debe ejercer en el mundo. Para ello, me he visto obligado a reflexionar sobre la sacramentalidad cristiana y, en concreto, sobre la eucaristía celebrada domingo tras domingo a lo largo del Año litúrgico.

Los temas enunciados justifican la publicación de este libro, pero para mí es ante todo la expresión de aquello que me ha sido dado en este último tiempo como iluminación sencilla de mi propio camino teológico.

Este texto, además, es una especie de regalo que ofrezco a mis amigos y a los amantes de estas cuestiones, a los conocidos y a los no conocidos, a los creyentes y a los no creyentes. No es, ni mucho menos, un «diario espiritual», pero representa la cosecha de mi propio otoño. En esta cosecha se incluyen, en su lugar propio, las *notas espirituales* a las que me he referido antes.

No me cuesta reconocer que el título es piadoso, pero también teológico. La versión completa y original rezaba: «Dios se inclina con amor para que las personas crezcan», pero resultaba demasiado larga. La primera parte se inspira en la oración del lunes de la tercera semana de Adviento, donde se dice literalmente: «Dios se inclina con amor». La segunda parte, «para que las personas crezcan», es la experiencia de Dios que podemos tener en los salmos, ya que es bueno permanecer atentos a su amor, que se desvela cada mañana. Como resultaba obligado abreviarlo, finalmente es «Dios, plenitud del ser humano». De esta manera, todo el libro se convierte en un diálogo con los agnósticos, pues cada día tenemos las «pruebas» que Dios nos envía de su presencia comunicadora de su amor, cuyos nombres son Jesús de Nazaret y Espíritu Santo.

1. Este punto se aborda en el capítulo 14. Redactado a finales de 2009, me libera de las ataduras de una lógica demasiado simple que suele decir: si la existencia de Dios no se puede probar «científicamente», del mismo modo que tampoco puede probarse que Dios no exista, basta con el agnosticismo. El tema es mucho más rico.

PRIMERA PARTE

LA PERSONA HUMANA
ANTE DIOS

EL PLANTEAMIENTO RELIGIOSO DEL GÉNESIS

LA PERSONA HUMANA, IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

Quiero preguntarme con sencillez, pero a fondo, qué es la persona humana. La contestación ha de darse desde el punto de vista humano y también religioso; de hecho, tiene gran interés la respuesta que la Biblia ofrece a esta cuestión. Tal vez suene a tópico decir que el hombre ha sido creado a imagen de Dios. El libro del Génesis, el primero de la Biblia, lo dice así, pero no parece que esta afirmación tenga grandes consecuencias para nuestra vida. Sin embargo, se trata de una afirmación importante y básica, porque es el fundamento de la antropología teológica: el hombre es imagen de Dios. El hombre ha de ser semejanza de Dios.

En efecto, el Génesis describe con énfasis y solemnidad la formación del hombre y la mujer, culmen de toda la creación: «Creó Dios a los hombres a su imagen, a imagen de Dios los creó» (la repetición subraya la importancia del tema), «varón y mujer los creó» (los dos sexos en igualdad) y además «los bendijo Dios diciéndoles: Creced y multiplicaos» (Gn 1, 27-28). «Y entonces vio Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno» (Gn 1, 31). *Tob*: bello, bueno, no absolutamente perfecto, como será la nueva creación del cielo nuevo y de la tierra nueva, pero sí «muy bueno».

Este pasaje tan importante ha sido objeto de interpretaciones. Elijo dos muy contrastadas: a) La «intelectualista». Somos imagen de Dios por la inteligencia. Sin duda se trata de una parte importante de la verdad, pero no toda. Porque Dios es amor y el amor ha de incidir en su imagen. b) La «corporalista». El cuerpo nos introduce en el mundo concreto, así como Dios está presente en las cosas concretas. Representa también

una parte de la verdad, más pequeña, a mi entender. No cabe duda de que es preciso un anclaje en el mundo concreto, anclaje que en el caso de la persona humana lo ofrecen los sentidos del cuerpo. Pero en Dios el anclaje deriva de su omnipresencia y amor universal, concretado por la encarnación del Hijo.

La interpretación más correcta parece ser la siguiente: la persona humana es imagen de Dios porque en ella se dan tres facultades que podríamos llamar «divinas», ya que Dios es un amor inteligente que tiene una vida intradivina, que además es creadora. Las tres facultades: *amar*, *conocer* y *actuar*, también se dan en la persona humana. Y por eso es imagen de Dios.

La inteligencia que conoce, la capacidad de amar (afectiva, distinta de la cognitiva) y la capacidad de llevar a término en el espacio y el tiempo lo que hemos conocido y amado, lo que ha sido intuitivo, imaginado o planificado –el actuar– serán objeto de una mirada honda en este libro. Lo que es conocido, amado y llevado a la acción dará mucho juego y hasta alguna sorpresa.

El despliegue positivo, de acuerdo con la voluntad de Dios, tiene un resultado: la imagen de Dios que es la persona se transforma gradualmente en «semejanza» de Dios. El hombre, en el espacio y en el tiempo, «edifica casas y planta viñas», como solía decir Tomás de Aquino. Estas obras del ser humano no son absolutas, ni siquiera perfectas, pero quieren ser, y a menudo son, una aproximación al «cielo nuevo y a la tierra nueva» hacia los cuales caminamos en esperanza.

¿Qué nos falta, pues, para llegar a la semejanza de Dios? Nada menos que «imitar» a Dios: «Sed perfectos (en el amor) como lo es vuestro Padre celestial» (Mt 5, 48). «Sed misericordiosos como lo es vuestro Padre» (Lc 6, 36). Es la semejanza con Dios que Él mismo pidió el día de la creación. Jesús lo corrobora: el Sermón del monte insiste en la imitación de Dios que empieza por el corazón, o sea, por el hombre interior. Pero eso tiene consecuencias en el exterior, porque lo que es real en el corazón de la persona llega a ser real en su mundo.